

Belén, cuando María, José y el Verbo Eterno andaban errantes por sus calles á la caída de la noche. El frío crepúsculo de una tarde de invierno tocaba á su fin: todos los esfuerzos de María y de José para encontrar hospedaje habían sido infructuosos. San José era un santo como el mundo no había visto hasta entonces. María se hallaba por encima de todos los santos: era la primera en la jerarquía de las criaturas; la reina del cielo: su poder era la semejanza más perfecta de la Omnipotencia, y había sido predestinada desde toda eternidad para ser la Madre de Dios. En su seno habitaba el mismo Dios encarnado; el Verbo Eterno, el Criador, y el soberano de cuanto había en Belén, y el juez actual de las almas que dejaban la tierra en aquel momento. Pero no había allí sitio para ellos. La aldea se hallaba ocupada en otras cosas más importantes, según la manera que el mundo tiene de estimar lo que es importante. Los oficiales imperiales destinados á la formación del censo de población, eran allí los hombres de importancia. Los viajeros y visitantes ricos reclamaban naturalmente los mejores hospedajes. En la mayor parte de las casas particulares había huéspedes que eran parientes los unos, y amigos de los pueblos inmediatos los más. Todo se hallaba ocupado. El obscuro grupo de Nazareth, aquel carpintero de Galilea, aquella mujer Madre, aquel Verbo oculto, no encontraba allí albergue. No le reclamaban tampoco con demasiada importunidad, rara vez la modestia es persuasiva. Un exterior humilde es poco elocuente para la generalidad de los hombres. Si Dios no produce ruido en su propio mundo, es ignorado, y si le produce, es mirado como importuno y tirano. Hé ahí que llega á Belén el verdadero César, el rey de todos los Césares romanos, y ni hay sitio para él, ni se le conoce. Es culpa suya, dirá el mundo: viene de una manera poco digna: no presenta prueba alguna auténtica de sus derechos. Comienza por colocarse en una posición falsa, porque viene para hacerse empadronar como súbdito, en vez de reclamar homenajes como soberano. Obrando así, espera que le comprenderemos y que sabremos á donde le hemos de encontrar, y el momento en que debemos aguardarle. En la débil luz que circundaba á Belén aquella noche, se descubría una sombra del Calvario. Del mismo modo que nadie en Jerusalén quería recibirle la Semana Santa, ni darle de comer, de manera que se vería obligado á retirarse por la noche á Bethania; así nadie en Belén quería recibirle, ni proporcionarle un abrigo á cuya sombra pueda nacer.

No hay nadie á quien el mundo no conceda, sin dificultad por lo menos, la doble hospitalidad necesaria para nacer y para morir, para venir al mundo y para salir de él. Y sin embargo, ¿cómo ha tratado al

Criador en esas dos circunstancias? Para nacer, Dios ha sido relegado entre los animales y bestias de carga. Aquella aldea de las más pequeñas de las tribus, decía la verdad cuando decía que no tenía sitio para lo inmenso y lo incomprensible. No; Belén no podía contener á la que llevaba en sí al Criador del mundo: en aquella negativa de la hospitalidad había una verdad de que los hombres no tenían conciencia. Jesús debía nacer fuera de los muros de Belén, como murió fuera de los muros de Jerusalén. Así no tuvo verdaderamente pueblo natal. Animales inocentes le acogieron, y una cavidad antigua practicada en el suelo, le ofreció asilo un poco menos frío que el estrellado cielo de una noche de invierno. A los ojos de los hombres eso fué cuanto pudo hacer para nacer, y obtener un sitio en donde poner visiblemente sus pies sobre la tierra. Del mismo modo no le fué dado morir de muerte natural: le fué arrancada la vida violentamente como cosa fatigosa é irritante, ó más bien como una cosa indigna é ignominiosa. Fué sepultado como pobre para que su cuerpo no embarazase á la tierra, no empañase los rayos del sol ó no ofendiese las miradas de la ciudad regocijada el día de la fiesta nacional. Y durante todo ese tiempo, ¡era Dios! Estos pensamientos, aunque muy antiguos, son siempre nuevos. Penetran más profundamente en nosotros á medida que nos detenemos en ellos, lo mismo que, á medida que vamos avanzando en edad, los penetramos más completamente. Cada vez que los meditamos, nos sorprenden tanto como si fuese la primera vez que pensamos en ellos. No hay palabras que puedan expresarlas: las lágrimas de los santos dicen más que las palabras, pero no pueden expresar el misterio asombroso de ese Belén inhospitalario, que no quiso ceder á su Dios un sitio para que pudiese nacer dentro de sus muros.

¡Ay! el espíritu de Belén es el espíritu de un mundo que ha olvidado á Dios: ¿cuántas veces ha sido también el nuestro? ¿No cerramos continuamente con una ignorancia llena de rudeza la puerta á las bendiciones celestiales? Así hacemos muy mal uso de todas nuestras penas, desconociendo su carácter celestial, aunque cada una á su manera, le llevan impreso en sí. Dios viene á nosotros muchas veces en la vida, pero no conocemos su faz. No le reconocemos hasta que nos vuelve la espalda y se aleja después de nuestra negativa. ¿Cómo es que con teorías casi siempre justas nos dejamos extraviar en la práctica? Más bien es falta de valor para cumplir lo que sabemos, que es nuestro deber, aunque la naturaleza pueda sublevarse en contra, que falta de discernimiento espiritual. Nosotros no habituamos suficiente y deliberadamente nuestro espíritu á los principios sobrenaturales. Es mucho más

fácil contar con las figuras del mundo; más cómodo medir con las medidas del mundo. Es algo fastidioso el considerar siempre los objetos bajo un punto de vista diferente del de las personas que nos rodean, y si ese esfuerzo debe durar toda la vida, llega á ser una contrariedad que no puede ser continua, y no cesa de ser una contrariedad hasta que estamos completamente sobrenaturalizados. Así sucede que una vida cristiana que no ha operado una revolución completa en la vida mundana de un hombre, concluye por no ser del todo una vida cristiana, sino una quimera molesta, que nos embaraza durante esta vida, sin servirnos para nada en la vida futura. De ahí proviene al que no reconocemos á Dios cuando le vemos; que nos encontremos con tanta frecuencia en un camino falso, sin saber cómo hemos llegado á él; que nuestros instintos lleguen tan rara vez á comprender los objetos á que se dirigen; que nuestras predicciones sean con tanta frecuencia contradichas por los acontecimientos, y que nuestros esfuerzos no lleguen á conseguir tan constantemente el objeto que se proponían. Dios nos sorprende casi siempre, cuando no hay para nosotros razón de ser sorprendidos. Belén no pretendía hacer lo que hacía: no hay nadie que tenga intención de hacer todo el mal que hace. Así es que una gran parte de la compasión de Dios consiste en que mira más á lo que queremos hacer que á lo que hacemos. Sin embargo, es para nosotros una cosa bien triste el estar tan obcecados. ¿No es la verdadera miseria de la vida, el compendio de todas las miserias de acá abajo, encontrar á Dios todos los días y no reconocerle cuando le vemos?

Nada puede turbar la paz interior de los que están fijos en Dios. Si José experimentaba una dulce tristeza cuando era rechazado de casa en casa porque pensaba en María y en el Niño, se sonreía también sin duda con una santa tranquilidad cuando fijaba su mirada en su casta esposa. El Niño, que todavía no había nacido, se regocijaba de aquellas negativas, que eran el anuncio de sus humillaciones en el porvenir. Cada voz desagradable, el ruido de cada puerta que se cerraba delante de ellos, era una dulce melodía para sus oídos. Eso era lo que había venido á buscar. El deseo de esas humillaciones y la pureza virginal del seno de María le movieron en cierta manera á descender del alto de los cielos. Sin duda alguna María y José que le conocían ya muy bien y que estaban versados en las vías sobrenaturales, participaban del gozo que sentía. Era evidente que no habría allí hospitalidad para ellos; sabían excusar las negativas. En su desinterés, casi se ruborizaban de pedir un asilo que, según la delicada apreciación de su caridad, debía ser considerado como inoportuno en las condiciones y lo apremiante de

las circunstancias en que se encontraba la aldea. Tenían pesadumbre por ser la causa de que les diesen una negativa: no podían sino porque era un deber el pedir, y en ninguna parte pedían dos veces.

La hospitalidad en Oriente, es tan común como las flores en los campos; pero esta vez ya hemos visto de que modo se ejerció. Salieron, pues, del pueblo con dulzura, con paciencia, con amor, dejando detrás de sí una bendición tan gratuita como poco conocida. No es raro el que Dios deje una bendición, aún cuando sea rechazado, porque su cólera es tan dulce, que es preciso que el pecado haya ido demasiado lejos, para que su amor menospreciado se convierta en aversión. Sin embargo, esas bendiciones son extrañas, y algunas veces toman el aspecto de un castigo, como quizá lo pensaron las mujeres de Belén cuando llegaron á ser madres de los mártires, y fueron ennoblecidas por la sangre de sus hijos.

Concluye el crepúsculo y se hace de noche: María y José descenden de la colina y encuentran la cueva, especie de gruta, que servía de establo; una especie de excavación con un apéndice anterior, tan frecuente en aquellas regiones, que proporciona á la vez espacio y frescura. El árabe construye con preferencia delante de una gruta, porque de ese modo se encuentra ya hecha desde el principio la mitad de su morada. La caverna atrae á María y á José. Las almas suelen ser atraídas de un modo muy extraño, y por cosas y lugares extraordinarios, cuando son arrebatadas ó impulsadas por el torbellino de una vocación divina. Por encima de ellos se ven las luces, y se oyen la música y los cantares de la aldea, llena de una concurrencia poco común, que había convertido en una fiesta la obligación civil que allí la había conducido. Por debajo de aquella calle bulliciosa, la pobre pareja de Nazareth busca un refugio en el establo con un buey y una mula. ¿Qué es lo que va á suceder? Debemos describirlo de diferente manera, según el punto de vista que adoptemos para considerarlo. Los ángeles dirían que algunos de los decretos eternos de Dios estaban en vísperas de cumplirse de la manera más vella y más divina, y que el Rey invisible estaba á punto de aparecer y tomar posesión de un reino que no era nada menos que el Universo, y con la pompa y el aparato que buscan con preferencia las magníficas naturalezas angélicas. El magistrado que residía en Belén, decía que en la época del censo un pobre niño había sido añadido á la población, por una pareja sin asilo que había venido de Nazareth, anotando tal vez que los esposos eran de buena familia, pero que se encontraban en estado de pobreza. Tal sería la manera con que el mundo registraría la venida de su Criador. El mundo es consecuente, pero

no es posible instruirle. La experiencia no le ha enseñado nada: todavía hoy lleva el registro de la misma manera.

Detengámonos en la pendiente de la colina, consideremos la noche que va cerrando, y pensemos en la vasta superficie de la tierra que se extiende por las inmediaciones, y mucho más allá de aquel nuevo y obscuro santuario que Dios va á santificar por medio de una consagración tan auténtica. Una gran parte del país está ocupada con los asuntos de Roma: los correos se cruzan por todas las carreteras del imperio. Los intereses de las colonias dan empleo y ocupación á un gran número de hombres de Estado y de gobernadores. La gran ciudad de Roma es el centro de una actividad intelectual y práctica, que se hace sentir hasta en las más remotas extremidades del imperio. Sobre algunas inteligencias, especialmente sobre las que se hallan dotadas de un temple más filosófica, el desarrollo de la corrupción moral y de otras cuestiones sociales, no menos grave, pesan de una manera abrumadora. Están también allí los hombres de ley, que concentran toda su aplicación en las causas que les están sometidas. Ejércitos inmensos, verdaderas repúblicas, se levantan rápidamente para ser bien pronto las dueñas caprichosas del mundo. Pero en ninguna parte de la vasta extensión de la política romana se percibe una huella de la gruta de Belén. Ninguna sombra profética aparece por encima de la escena: todo tiene la apariencia de la estabilidad. El sistema, por más vasto que sea, obra como una máquina perfectamente construída. Nadie se cuida de nada. No sería fácil al mundo el ser más diferente para con Dios que lo que era entonces: no sería fácil al mundo tener menos consideración á Dios de la que tenían entonces. Nadie procuraba descubrir la intervención divina, sino es algunos oráculos que, tartamudeando la verdad, perturbaban á un pequeño círculo; cuya superstición era en el mundo pagano lo que se asemejaba más á la religión. En el palacio de los Césares, ¿quién pensaba en aquel rey de la Gruta, todavía no nacido? Algunas veces parece que Dios envía á las naciones una especie de letargo, que las priva de sentido precisamente en los momentos en que está á punto de visitarlas; y esa manera de obrar no parece tanto un juicio celebrado contra ellas, como un deseo de asegurar su propio retiro y la invisibilidad de su acción.

Había también un mundo griego dentro de aquel mundo romano. Un mundo de inteligencia, de pensamiento, de discusión, distracción honrosa para los vencidos, y refugio de aquellos cuya independencia nacional ha cesado de existir. Había allí muchas cabezas que formaban sistemas: había hombres que encontraban la vida suficientemente llena

por el interés que les ofrece un estéril eclecticismo. Había todo un mundo de pensamientos sin número, y sin embargo, en toda esa multitud de pensamientos muy poco era lo que había para Dios. Por todas partes se veía una sombra de verdad desfigurada, por todas partes se encontraban testimonios de lo que la razón puede ejecutar, reunidos á los tristes indicios de los que no ha podido llevar á cabo. Pero los sistemas más sólidos quedarán reducidos á polvo por el Sabio, todavía no nacido, oculto en aquella Gruta. Su filosofía será opuesta á la suya. El niño cristiano del Belén moderno posee en su catecismo más de lo que Platón pudo jamás adivinar, al mismo tiempo que se halla dotado de una sabiduría práctica, que el estudio podría muy bien admirar y aún envidiarle. El mundo de la filosofía tenía necesidad del Niño de Belén. Pero no tenía su conciencia de aquella necesidad, así como tampoco sospechaba la llegada de aquel Niño, y aún cuando hubiese buscado la verdad durante centenares de años, no la reconocería tampoco cuando se le presentase y le mirase de frente. El viento susurra á través de las llanuras despojadas de hojas por donde corre el Ilyssus; pero una parte de la ciencia, piensa, que cuando llega la media noche, el Dios desconocido de las escuelas impotentes de Atenas, será un Niño mudo sobre la tierra.

Al derredor se encuentra el mundo reducido y estrecho en donde se mueve y agita el descontento de los judíos. Una nación vencida ofrece siempre un espectáculo triste y penoso; pero nunca lo es tanto como cuando no hace más que agitarse en una sedición estéril é ineficaz sin elevarse jamás al heroísmo de una generosa cruzada para recobrar la libertad. Tal era el estado del pueblo judío en aquella noche. El censo entrañaba sin duda muchos proyectos estériles con respecto á los Macabeos, entre los que no gozaban renta de algún empleo romano. Había allí una obediencia de mal grado al extranjero, y el ardor ferviente de los antiguos recuerdos. Había las intrigas de las facciones interiores, y la pequeñez de una nacionalidad, recelosa y suspicaz, que prefiere sostener sus quejas á elevarse á la paciencia enérgica, que aguarda el momento conveniente de dar el gran golpe para la libertad. Como todas las naciones que están mal, los judíos procuraban descubrir un libertador, creyendo haberle encontrado á cada momento. Pero habían perdido el discernimiento. La misma magnificencia espiritual de sus antiguas profecías los ofuscaba. Miraban en todas direcciones, menos en la de la Gruta de Belén, y cuando vino el Mesías, fué para ellos una piedra de escándalo, más bien que un motivo de esperanza, y al mismo tiempo que derramaban su sangre por pretendientes, derramaban la de